

El Beato Josep Samsó y Elias, presbítero y mártir.

El obispo de Barcelona Mons. Manuel Irurita llamaba al siervo de Dios Josep Samsó “el príncipe de los catequistas del obispado” y “el faro de mi diócesis que más ilumina”. También hizo mucho bien su predicación escrita, en especial la “Guia per a Catequistes”.

Josep Samsó i Elias, nacido en la población catalana de Castellbisbal, ahora en el obispado de Sant Feliu de Llobregat, el 17 de enero de 1887, era hijo de Jaume Samsó i Olivella, farmacéutico, y Josepa Elias i Puig. Tenía una hermana, Montserrat. Eran una familia de clase media y cristiana.

Cuando tenía siete años, su padre murió. Entonces, la madre con sus dos hijos se trasladó a la población de Rubí, que ahora pertenece al obispado de Terrassa. Allí vivía una hermana suya que se encontraba en una situación acomodada. Estos hechos debieron de influir en el amor de Josep Samsó por la familia y en su sentido de austeridad. En la escuela de los maristas hizo la Primera Comunión, y desde entonces empezó a manifestar su deseo de ser sacerdote. También en Rubí hizo los tres primeros cursos de latín con los vicarios de la parroquia. Sus maestros ya advirtieron que se trataba de un alumno que destacaba por su talento y piedad.

En 1900 entró en el Seminario de Barcelona. Su salud era débil, así que la familia se trasladó a la entonces población vecina de Sarrià para estar con él, que cada día asistía a clase en el Seminario. Por su estado de salud la madre lo encomendaba con mucho fervor a la Virgen del Sagrado Corazón, y un buen médico dio con la medicina que necesitaba.

Gracias a un benefactor, se licenció en Teología en la Facultad de Tarragona. En aquellos tiempos se consideraba equivalente al Doctorado. Y, así, pasó a conocerse como el Dr. Samsó. No tenía todavía la edad para ordenarse, y lo destinaron a familiar del obispo Laguarda, que pretendía que continuara con él después de la ordenación. Pero el Dr. Samsó, después de aconsejarse con su director espiritual, le manifestó el deseo de dedicarse a la vida parroquial.

Fue ordenado presbítero el 12 de marzo de 1910 y nombrado vicario coadjutor de Argentona. Allí emprendió una gran actividad pastoral: impulsó el catecismo para niños, envió hombres a participar en ejercicios espirituales, hasta creó obras sociales como el patronato de San Isidro y una caja de ahorros. Estuvo siete años. Y todavía lo recuerdan.

En 1917 tomó posesión de la parroquia de Sant Joan de Mediona (Conilles). La gente lo recibió con frialdad, disgustada porque se marchaba el párroco anterior, a quien apreciaban mucho. Dos años más tarde, cuando fue él quien se marchó, todo el mundo volvió a entristecerse. Entre otras cosas, organizó una misión y consiguió lo que hacía años que no sucedía, llevar un joven al seminario.

El obispo Reig le propuso trasladarse a Santa María de Mataró. Tenía entonces 32 años. Él lo consultó con su director espiritual y se puso a disposición del obispo. El 30 de agosto de 1919 llega a Mataró. Tomará posesión como ecónomo el 1 de septiembre de 1919. Morirá asesinado el 1 de septiembre de 1936 en el cementerio de Mataró.

El Dr. Samsó, catequista y catequeta

Ya de seminarista, el Dr. Samsó manifestaba un gran interés por la catequización de los niños, participando los domingos en catecismos de distintas parroquias. Al ser ordenado, celebra la primera misa el día de San José en la capilla del Centro Obrero Catequístico, de la Sagrada Familia, en la calle Calabria, de Barcelona. Quiso una celebración sencilla, sin regalos; sólo el cáliz que le regaló su protector, el Dr. Fiol, párroco de Rubí, y ropa de altar hecha por una parienta suya monja.

Como vicario de Argentona, entre muchas actividades, destaca por el Catecismo: su trabajo, su atractivo personal hacia los niños. Lo realizaba con las fiestas de final de curso, en la plaza del pueblo, a las que invitaba a las autoridades. A una de estas fiestas asistió el obispo Mas, de Girona, que exclamó: “¡Ojalá que en mi diócesis tuviera dos o tres vicarios como el Dr. Samsó!”. Las personas que formó el Dr. Samsó conservaron durante toda la vida su huella.

En Santa María de Mataró tenía unos cuatrocientos o quinientos niños en el Catecismo dominical. Su dedicación era de gran fidelidad. Recibía a los chicos sonriendo en la puerta. Estaba con ellos durante toda la Catequesis, y solía hablarles al terminar. Además del trabajo en las secciones o grupos, el catecismo comprendía estímulos, asistencias, premios, excursiones, vales para sesiones de teatro o cine, fiestas de fin de curso, etc. Atendía a los niños cuando iban a preguntarle cosas en su despacho.

Cuando la República eliminó las clases de religión de las escuelas, creó cursillos de catecismo en distintos locales. No solo asistían niños, sino también chicos y chicas jóvenes, y adultos. Tuvieron un gran éxito. Los teólogos del Seminario, una vez al año, iban a ver el funcionamiento del Catecismo de Santa María. Como catequista reconocido, participó en el Congreso Catequístico de Zaragoza, en la Semana Catequística de Reus y en otros encuentros.

Su preocupación por la formación de los catequistas y por la riqueza del contenido de las catequesis se manifiesta en la Guía para Catequistas. Los catequistas, congregantes de la Congregación Mariana, le pedían con insistencia que publicara sus catequesis. Obtuvo la licencia eclesiástica en 1936, pero sus discípulos no la pudieron editar, y sólo clandestinamente, hasta 1940, en el Fomento de Piedad. En 1955 se hizo una nueva edición. Estuvo en uso en Santa María de Mataró y en otras parroquias, al menos hasta el Concilio Vaticano II, que después de renovar la liturgia, el paso siguiente fue la renovación de la catequesis.

No es raro que tuviera fama de catequeta y catequista excepcional. El Dr. Joan Tusquets, pedagogo, escribía en la revista Pensament Marià de Mataró el 22 de octubre de 1935: “El Dr. Samsó ha sido el que se ha dado cuenta primero, antes que nadie en España, de la importancia que tiene la formación de los niños y niñas en el catecismo. Fue él quien lanzó la chispa que había de encender el celo catequístico.”.

Mons. Daniel Llorente, obispo de Segovia y catequeta, escribió: “¡Gran catequista! Su pedagogía me parece clásica y, por lo tanto, perennemente válida; y podemos decir que sus características bíblicas, litúrgicas y populares están en la línea conciliar del Vaticano II.”.

El Dr. Samsó, párroco

La parroquia de Santa María de Mataró –que ha celebrado el milenario del primer documento que la menciona –, al principio del s. XX estaba servida por una treintena de presbíteros. El joven párroco empieza poniendo orden y puntualidad en el culto, y emprende con toda la fuerza la acción pastoral.

Es un hombre inteligente, enérgico y con capacidad para la organización y el trabajo. Metódico, máximamente ordenado, puntual en todo y muy exigente consigo mismo. Es sencillo y austero (duerme en un colchón de farfollas, y en su mesilla de noche tiene cilicios). Serio, impone respeto pero es afable en el trato. Su hermana describe su horario: se levanta a las 5 de la mañana, misa a las 6, meditación para los fieles a las 7. Trabaja y atiende en su despacho hasta el mediodía. En las comidas, no toma lo que le gusta, sino en lo que es bueno para la salud. Es alegre y expansivo con todos. Descansa una hora después de la comida. Por las tardes, realiza actividades fuera de la rectoría: escuelas, enfermos, etc. Por la noche, reuniones. Se acuesta a las 11.

A parte del Catecismo de los niños y niñas, que será su gran dedicación, atiende a las escuelas religiosas y pasa muchas horas en el confesionario dirigiendo a muchas personas, sobre todo jóvenes y muchachas. De allí saldrán muchas vocaciones de presbíteros, religiosos y religiosas, y de familias cristianas. A menudo visita a sus seminaristas en Barcelona, mantiene correspondencia con los religiosos salidos de la parroquia y relación con las familias jóvenes. Dentro de la parroquia hay el noviciado de las Religiosas del Corazón de María, que él atiende con solicitud. Su pastoral de jóvenes se concentra principalmente en las Congregaciones Marianas, que existen en la parroquia desde 1903, y que él ampliará con una nueva Congregación para hombres casados. En su época nacerá en la parroquia la FEJOC (Federación de Jóvenes Cristianos de Cataluña) y verá la propaganda de su dirigente el beato Dr. Tarrés. Tiene una gran preocupación por la formación cristiana sólida de las personas (niños y niñas, jóvenes y adultos). Decía: “La ignorancia es la causa de muchos males”. De hecho, su trabajo ha dejado huella en las parroquias de Santa María de Mataró y San Julián de Argentona.

En enero de 1924, después de unas oposiciones canónicas, se convierte en párroco en propiedad. En su toma de posesión afirmó que su trabajo iría encaminado, a parte de los niños, “hacia los ancianos, los pobres y los enfermos”. Y lanza un llamamiento (7/3/1926) “por la casa de Dios”, invitando a los mataroneses a colaborar en la restauración del templo y la construcción de un órgano monumental. El templo restaurado conseguirá de Roma el título de Basílica Menor. Es amante del canto religioso popular y promueve entre los laicos el rezo litúrgico.

El mártir

“Un signo perenne, pero hoy particularmente significativo, de la verdad y del amor cristiano es la memoria de los mártires. Que no se olvide su testimonio. Ellos son los que han anunciado el Evangelio dando la vida por amor. [...] Este siglo que llega a su fin ha tenido un gran número de mártires. El martirio es la demostración más elocuente de la verdad de la fe, que sabe dar un rostro humano incluso a la muerte más violenta.” (Juan Pablo II).

Los hechos hasta aquí relatados nos demuestran que el Dr. Samsó no llegó al martirio accidentalmente, sino después de un camino de auténtica fidelidad y entrega que lo

dispusieron para esta gracia. Los acontecimientos del 6 de octubre de 1934 manifiestan la talla de un párroco que se siente también pastor de los enemigos de la Iglesia. Un pelotón de anarquistas irrumpe en la rectoría, se lo llevan hacia la iglesia y, con armas, lo amenazan a él y a uno de los vicarios conminándoles a prender fuego a un montón de sillas apiladas delante de un retablo, habiéndolo rociado todo con disolvente. El Dr. Samsó, a pesar de las amenazas, se negó. Los anarquistas prendieron fuego y huyeron de la iglesia. No fueron los bomberos, sino el pueblo quien apagó las llamas. Días después, calmada la situación, aquellos hombres fueron detenidos y el Dr. Samsó, interrogado por la policía, dijo que no los conocía. No quería perjudicarlos. Hablando de estos hechos a las jóvenes del Patronato Obrero, les decía: “Ésta es la flor más perfumada que puedo presentar en mi último día a Nuestro Señor; sólo podría encontrar una de más preciosa: dar mi vida por Jesús.”.

El clima del país se iba enrareciendo, cosa que se refleja en sus escritos y palabras. El día de San Juan de 1936 decía a la Rda. M. Carme Majó (Misionera del Corazón de María): “Pongámonos totalmente en las manos de Dios, pase lo que pase. Yo, cada día, en la oración, me preparo para el martirio, porque estoy convencido de que lo que nos espera son no solamente palabras, sino también hechos.”.

Los testimonios del proceso aseguran que nunca se metió en cuestiones de partidos políticos. Su muerte no tuvo nada que ver con la Guerra Civil y sus motivaciones. La noche del 18 al 19 de julio del 1936 hubo un registro en la rectoría y la iglesia por parte de la policía de la Generalitat de Cataluña, buscando armas. El Dr. Samsó les dijo: “Pueden registrar lo que quieran, no me preocupa, pues siempre he tenido el criterio de defender la iglesia con todos los medios posibles, menos con las armas, porque Jesucristo, mi divino Maestro, defendió su Iglesia muriendo y no matando.”.

La policía se retiró. Al anochecer de aquél 19 de julio, el Dr. Samsó, los vicarios y la familia, acompañados de algunos jóvenes, llevaron el Santísimo Sacramento a un lugar seguro, abandonaron la rectoría y se refugiaron en casas de feligreses. Al entrar en ella dijo su característico “¡Dios sobre todo!”. Des de la casa donde estaba, cerca de Santa María, fue dando órdenes para salvar lo más posible de la parroquia.

El 30 de julio, ante el clima cada vez más violento de la revolución, para evitar problemas a la familia que lo hospedaba, decidió marcharse a Barcelona. Iba de paisano, con el pelo teñido, bigote y gafas oscuras. Pretendía coger un tren hacia el norte y llegar a Barcelona por el interior. Una mujer lo reconoció en la estación muy poco antes de que llegara el tren. Lo delata, lo toman preso y lo llevan a la prisión de Mataró. Allí pasará 33 días.

No se dio ningún motivo ni explicación oficial para justificar su detención. En la cárcel se encontró con muchos conocidos, algunos sacerdotes, bastantes laicos detenidos sobre todo por sus ideas religiosas, considerados antirrevolucionarios, y algunos presos comunes. Él hace allí una gran tarea para reconfortarlos. Lo visitan feligreses para auxiliarlo y le llevan la Eucaristía camuflada en el paquete del desayuno. Comulgó el mismo día de su muerte. Comparte todo lo que le llevan con sus compañeros.

Algunas declaraciones de sus compañeros: “Aceptaba con naturalidad todos los trabajos humildes que le imponían los guardias, pues decía no ser sino un preso más. Convirtió la prisión

en su parroquia.”. De Josep Vives Pàmies, militar: “Auténtico pastor que todo lo aprovecha para la mayor gloria de Dios, y convierte la prisión en un lugar de retiro espiritual”. Del médico Dr. Castellsaguer: “Fue un padre para los reclusos.”. Hasta llegó a convertir a un prisionero a la fe, el escritor Josep Català. De Salvador Cabot i Rosset, patrón de pesca: “En la prisión pudimos apreciar su santidad, por las conversaciones y los consejos que nos daba a los 35 detenidos. Nos exhortaba a la resignación, puesto que todos estábamos muy preocupados por lo que nos podría suceder... Nos dijo que él sería la primera víctima. Cuando el 1 de septiembre lo llamaron, alrededor de las 11 de la mañana, nos reunió a todos los que estábamos en la misma celda y nos dio un abrazo, de uno en uno, recomendándonos resignación. Y nos dijo: «Hasta el cielo, cuando Dios lo quiera»”.

Una columna de voluntarios que se marchaba al frente y llevaba el nombre del anarquista italiano Malatesta, pidió como condición para marcharse, la muerte de todos los detenidos en la cárcel. Las autoridades se negaron, pero ante las amenazas, se llegó a un acuerdo: la muerte del párroco de Santa María.

Sin ningún juicio, lo sacaron de la prisión. Se lo llevaron con el conocido “coche fantasma” hacia el cementerio y allí lo asesinaron. Se fue sereno. Una feligresa dijo: “Cuando pasó por delante de nuestra casa nos saludó”. Y en el cementerio, dijo a los verdugos “que los perdonaba de todo corazón, igual que Jesús había perdonado a los que lo iban a crucificar”. Y, abriendo los brazos, exclamó: “Abrazadme, que yo os perdono a todos.”. También les pidió que no hicieran daño a su madre, y que no le tapasen los ojos, ya que él no era ningún criminal y quería morir de cara a la ciudad y a la parroquia que tanto amaba. Su entereza y actitud impresionaron a los verdugos; parece que solo uno de ellos se atrevió a disparar.

Todo eso, además de lo que se supo por los mismos verdugos, tuvo dos testimonios: dos jóvenes que siguieron el coche, treparon por la tapia del cementerio y lo vieron y oyeron todo. Uno de ellos murió en la guerra; el otro, vivió y pudo dar su testimonio en el proceso de beatificación.

Después, desde el balcón del Ayuntamiento se anunció: “Se ha hecho justicia. Se ha muerto, de cara, al párroco de Santa María”. La columna partió. Hubo una gran consternación. Los hechos en seguida empezaron a comentarse por la ciudad y el obispado. La gente de Iglesia inmediatamente lo consideró un santo, y en aquellas circunstancias tan dolorosas empezaron a encomendársele. Algunos fueron al cementerio a recoger tierra manchada con su sangre. Un dirigente antirreligioso de aquellos tiempos exclamó: “¡Ojalá que entre los nuestros hubiera hombres que supieran morir con la misma firmeza que el Dr. Samsó!”.

El encargado de la funeraria, para preservar su cadáver, lo dipositó en un nincho del cementerio. En 1944, el obispo Dr. Gregorio Modrego dispuso que fuese enterrado en la Basílica de Santa María de Mataró. El traslado de los restos mortales, el 22 de octubre de 1944, fue una gran manifestación en la ciudad: el obispo, sacerdotes, fieles, escolares... Desde el principio hubo gente que se encomendó a él. En la “Positio” (recopilación de documentos y testimonios para la beatificación) se recogen favores atribuidos a su intercesión. Cada 1 de septiembre se ha ido celebrando una Eucaristía donde acude mucha gente, tanto en Santa María de Mataró como en San Julián de Argentona.

El mismo obispo Dr. Modrego inició su proceso de beatificación en 1959, que luego se dejó en suspenso cautelarmente como los de todos los mártires de la revolución española. El Sr. Cardenal Ricard Maria Carles lo instruyó "ex novo" el 13 de marzo de 1996, y se clausuró, excepcionalmente, en Santa María de Mataró el 18 de marzo de 1998. El acto de clausura se convirtió en una verdadera paraliturgia, alegre y piadosa, con una gran asistencia de fieles. El obispo Joan Carrera, que la presidió, dijo que no había visto ninguna causa con una clausura como aquella.

En ocasión del Milenario de la Parroquia de Santa María de Mataró, el Sr. Cardenal Lluís Martínez Sistachs pidió al Santo Padre la beatificación de su párroco más emblemático del siglo pasado.

La ceremonia fué celebrada en la Basílica de Santa María de Mataró el sábado 23 de enero de 2010, con gran participación de fieles i las primeras autoridades del país, presididos por los representantes del Papa, más de veinte obispos y cuatrocientos sacerdotes llegados de toda Catalunya, pues los obispos convocaron para esta efemérides una Jornada Sacerdotal, al coincidir la beatificación del Dr. Samsó, pastor y mártir notable, con el Año Sacerdotal promovido por el Papa en el aniversario del Cura de Ars.